

27 y 28 de septiembre - 2020
9-10 de Tishrei - 5781



Por: Rabino Sergio Bergman

De Kaparot a Slijot

Iom Kipur es literalmente el día de la expiación. Desde la destrucción del Templo de Jerusalem, no solo se terminaron las castas en el pueblo de Israel - ya no hay sacerdotes - sino que se cancelaron los sacrificios. Hoy somos todos y cada uno de nosotros un sacerdote en el pueblo de Israel. Estamos a cargo del más sagrado templo, que es nuestro propio cuerpo - mikdash meat - en el que albergamos el alma en nuestro hálito vital. Hoy en lugar de sacrificios, ofrendamos nuestras oraciones, meditación, devoción, estudio, ayuno, y reflexión como Avodá Shebalev - ofrenda del corazón. No hay más expiación.

El ritual según lo detalla la Mishná en Iomá es claro y preciso. El sumo sacerdote en el día más sagrado del año imponía sus manos sobre uno de los dos machos cabríos que fueron sorteados en la mañana de Kipur, uno para el sacrificio, el otro para la expiación. Zeir LaHazazel, el chivo expiatorio. Una vez que el sumo sacerdote aseguraba, a la vista del pueblo todo, que el chivo expiatorio se caía en el precipicio de la explanada externa del sagrado

templo, perdiéndose en el desierto de Judea, se concluía con la Avodá, la ofrenda expiatoria que cumplía con su función. Nuestros pecados estaban expiados, el pueblo era purificado de todos sus pecados por medio del ritual de Iom Hakipurim, el día de la expiación.



En nuestros días, no hay expiación posible. Hemos migrado de las kaparot, de las acciones rituales de expiación en un animal, para elevarnos en la reconciliación, la reparación, el arrepentimiento y una profunda reflexión en el valor del perdón.

**De Kipur a Slijot,
de expiar a perdonar,
se da un salto evolutivo
en la vida espiritual
de nuestra tradición.**

No se trata de una evolución histórica, sino espiritual, ya que aun en nuestros días hay quienes quieren en el ritual expiar, liberarse, encomendar a la forma aquello que debe realizar el contenido. Es decir, usar la religión como superstición, o someterse al día de ayuno y oración a la espera de una mágica recompensa o liberación de responsabilidad por lo actuado y las acciones desplegadas en el año que termina, para iniciar un año nuevo puros y limpios.

El valor del perdón no olvida ni otorga impunidad, sino que es memoria y recuerdo de todo lo actuado que no se borra, pero se cura, sana, repara, transforma de error a aprendizaje para nuestra propia evolución en cada nuevo ciclo, sin pretender ser perfectos en nuestra acción, pero sí responsables y responder en Teshuvá por lo que hemos realizado. El valor del perdón es un acto amoroso de desintoxicación para poder asumir que la libertad que celebramos implica la responsabilidad que asumimos.



Celebremos entonces que hemos dejado la expiación para afirmar la elevación espiritual del perdón. Solo quien es valiente y tiene coraje, perdona y es perdonado, pero fundamentalmente asume que somos siempre libres de actuar, pero no lo somos de las consecuencias de nuestras elecciones y acciones. La libertad con la que fuimos dotados como un don es justamente lo que en Rosh Hashaná hemos celebrado. La creación del mundo, Iom Harat Haolam, y en él, la humanidad en las figuras de Adán y Eva. Esa libertad nos hace elegir y poder ejercer aquello que debemos agradecer a Eva que nos guió al comer del fruto del árbol del conocimiento, del bien y del mal.



En Rosh Hashaná fuimos creados y por ello somos criaturas libres y creativas, en el discernimiento. Debemos no solo ejercer la libertad sino la responsabilidad entre el bien y el mal. Debemos responder por lo que hacemos y por las decisiones que tomamos. Si no fuéramos libres, no podríamos elegir, y sin elección, no hay posibilidad de caer en el error. En estos errores nuestra tradición no ve pecados para cargarnos con la culpa, sino actos de vida para aprender a ser responsables y responder por cada acción como una experiencia de aprendizaje. Si hacemos el bien, celebrar su bendición; si hacemos el mal, asumir la reparación en el reconocimiento, el arrepentimiento, y el perdón. Así se inscribe el ciclo anual de las estaciones de la conciencia que, como la naturaleza, necesita morir a la omnipotencia para renacer en la humildad que se nutre del valor del perdón.

Podamos en este Kipur afirmar el valor del perdón como un acto de misericordia y amor, que no solo le pedimos al cielo sino a nosotros mismos, para que podamos renacer a un nuevo año, confiados que nuestros errores nos hacen humanos, y que el valor de perdonar y perdonarnos nos hacen imagen y semejanza de lo divino.

RABINO SERGIO BERGMAN

PRESIDENTE DE LA WUPJ - WORLD UNION FOR PROGRESSIVE JUDAISM